

## Sermón – 04/14/2024- Texto: 1 Pedro 1:17-21 - Tema: “Comprados con la Sangre de Cristo”

¿Alguna vez han pensado en...cuán importantes, cuán especiales y únicos son ustedes para Dios? El apóstol Pedro en el texto para la meditación de hoy, nos da evidencias claras por las cuales somos especiales ante Dios y únicos en el mundo. La Biblia dice que mediante la fe somos hijos de Dios, rescatados de la muerte, comprados con la sangre de Cristo y hechos herederos de la vida eterna. Esa es nuestra identidad, esa es nuestra realidad espiritual ante Dios, por los méritos de Cristo.

Con esa confianza nos acercamos a Dios, sabiendo que él está con nosotros, mostrándonos su amor y misericordia en este mundo. El apóstol Pedro *dice vivan con temor reverente mientras sean peregrinos en este mundo*. El cristiano en realidad es un huésped en la tierra, nuestra estadía es temporal, porque nuestra morada eterna está en el cielo. Pero mientras estemos en la tierra, Dios nos exhorta a vivir en temor reverente hacia él. Es importante recordar que temer a Dios, no significa temblar de miedo, o vivir en pánico, pensando que Dios quiere castigarnos y llevarnos al infierno.

Muchos ven a Dios, como un Padre que infunde terror. Pero la Biblia enseña que Dios, es un Dios amoroso, compasivo y misericordioso, que ama al pecador arrepentido. El temor reverente para el cristiano significa, amar a Dios sobre todas las cosas, respetarlo, admirarlo, reconocer su poder divino, someterse a su voluntad mientras guía nuestra vida.

Sin embargo, eso no siempre es el caso, nuestra naturaleza pecaminosa fácilmente se desvía de las cosas de Dios y hasta se nos olvida por completo que somos hijos de Dios, redimidos por la sangre de Cristo; en momentos como estos, necesitamos escuchar la sentencia irrevocable de un Dios justo que no tolera la maldad. Un cristiano que consciente o inconscientemente ignore su pecado, pensando que es eterno en esta vida, está rechazando la gracia de Dios y la salvación de su alma.

Necesitamos entender que, en esta vida, vivimos en tiendas de campaña, en casas temporales, porque nuestra mansión celestial está en el cielo, donde viviremos en perfecta justicia y santidad. Aunque tenemos que admitir que cada día somos tentados a poner nuestro corazón en las cosas materiales, en lo visible y atractivo de este mundo, sin darnos cuenta de que todo eso es temporal, mientras que lo espiritual es eterno y tiene mucho más valor que las riquezas de este mundo.

El apóstol Pedro dice: *Como bien saben, ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados. El precio de su rescate no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto*. Esta es la carta magna de nuestra liberación, la razón por la cual las puertas del cielo están abiertas para los que creen, confiesan y proclaman que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es el único camino al cielo, el único, héroe que murió por los villanos, el único soldado que derrotó al diablo, a la muerte y al infierno al resucitar glorioso de entre los muertos.

El Hijo de Dios tuvo que pagar el precio incalculable para rescatar al mundo del pecado. El oro no puede borrar la culpa ni evitar la muerte del agresor, la plata no puede comprar la salvación ni cambiar la sentencia del juez supremo. Sin embargo, todavía hoy, hay personas que están convencidas que pueden comprar la salvación con dinero, con buenas obras, con buena reputación, con sacrificios, con esfuerzos humanos y con penitencias. Pero, no hay nada en la tierra que pueda borrar nuestro pecado, que pueda liberarnos de la esclavitud en la que hemos caído. La plata, el oro y nuestras obras de justicia son como trapos de inmundicia delante de Dios.

Únicamente, sí, únicamente la sangre de Cristo, la preciosa sangre que fluye del precioso y compasivo corazón de Jesucristo, borra el pecado, libera al esclavo, redime al prisionero y paga la deuda externa del pecado. Jesús nos ha comprado con su sangre, ha roto las cadenas del pecado, de la muerte y del infierno. Dios sacrifico a su Hijo para pagar el precio de nuestra paz, el precio de nuestra redención, de nuestra fe, el precio de nuestra salvación.

Hermano, alguien tuvo que morir en tu lugar, alguien tuvo que pagar el precio gusto por tus pecados. Alguien te amó tanto que entregó su vida para salvar la tuya. Jesucristo verdadero hombre, cargo sobre la cruz tus iniquidades, por ti se declaró culpable ante el juez, para que tú seas declarado justo e inocente delante de Dios.

La Biblia dice: *“Al que no cometió pecado alguno por nosotros, Dios lo trató como pecador, para que en el recibiéramos la justicia de Dios.”* Eso hizo Cristo por ti, porque te ama, porque quiere verte en el cielo. Hermanos, el apóstol Pedro nos recuerda que nuestra salvación es 100% obra de Dios, él lo planifico, Jesucristo lo ejecuto mediante su pasión muerte y gloriosa resurrección.

Nosotros no hemos hecho absolutamente nada para merecerlo, mucho menos para ganárnosla. Jesucristo es el único que cumplió perfectamente todos los requisitos que Dios exigía de nosotros; él es el único que murió y al tercer día resucito entre los muertos, confirmando su victoria sobre el diablo, la muerte y el infierno.

Creer que hay otro medio para llegar al cielo que no sea Jesucristo, es rechazar la salvación, confiar en algo o en alguien que no sea Jesucristo, es negar la divinidad del Hijo de Dios, hecho hombre para morir por los pecadores. Creer que se puede ganar el cielo tratando de cumplir perfectamente la ley de Dios, es rechazar la obra redentora de Cristo, argumentando que todo es posible sí el ser humano se propone. Cuando, en realidad, el único que vivió una vida perfecta y santa entre pecadores fue Cristo, no cometió pecado alguno ni hubo engaño en su boca. Jesucristo, voluntariamente murió por ti. Dios dice: *“La paga del pecado es muerte”*, el Santo Hijo de Dios, murió en la cruz y sobre ella derramo su sangre, para pagar por todos los pecados del mundo.

Sí eso no nos hace recapacitar, si no nos hace ser agradecidos con la gracia de Dios, nada lo hará. Cuando pensamos en todo lo que tuvo que hacer Cristo para que hoy tengamos paz con Dios, paz espiritual con nosotros mismos y con nuestro prójimo; nos damos cuenta de cuanto nos ama Dios. Para el somos sus hijos amados, que vivimos en la palma de su mano. Así que hermanos, en agradecimiento al amor infinito que Cristo nos ha mostrado, hagamos historia en esta tierra, cambiemos vidas con la palabra de Dios, transformemos corazones con el evangelio de Cristo y que todo lo que hagamos, ya sea de pensamiento, palabra y obra sea para la gloria de Dios.

Permítanme contarles, una historia que vi en la tele, sobre un arquitecto que fue secuestrado por unos sicarios, los malhechores pidieron a los familiares de la víctima 1 millón de dólares por el rescate. Le dieron 24 horas para que paguen el dinero, o el arquitecto moriría. Imagínese la angustia de la familia, la impotencia de no poder hacer nada para salvar la vida de su ser querido. Mientras tanto, el rehén estaba en un cuarto pequeño y oscuro, atado pies y manos, amordazado la boca con cinta adhesiva, incapaz de hacer nada para salvarse a sí mismo, esperando la muerte, porque sabía que su familia no podía pagar la cantidad que exigían los sicarios.

Pero como era un show, alguien se compadeció del rehén y pago el millón de dólares y todo volvió a la normalidad. Después de un tiempo, el arquitecto conoció a su benefactor y su agradecimiento era infinito. Decía, me salvaste la vida, compraste mi vida, soy libre, soy libre. Esa es también

nuestra historia, esa era nuestra condición pecaminosa, estábamos atados pies y manos, rehenes de satanás, incapaces de salvarnos a nosotros mismos, lo único seguro era la muerte, porque nadie hubiera pagado un centavo para rescatarnos.

Sin embargo, Jesucristo el Hijo, de Dios se compadeció de nosotros, miro nuestra impotencia y llego a socorrernos, nuestro rescate no fue pagado con oro o con plata, sino con su propia vida, con su preciosa sangre, que vale muchísimo más que el oro y la plata. Así que, al igual que el arquitecto del show, no nos queda otra cosa que dar gracias al héroe que murió para rescatarnos del sicario, que es del diablo.

Hermanos, que dicha que Dios nos llame sus hijos, que dicha que Jesucristo sea nuestro hermano, que bendición que usted y yo seamos propiedad exclusiva de Dios, herederos del reino de los cielos.

Que el gozo de nuestra liberación de la esclavitud del pecado, de la muerte y del infierno nos lleve a vivir como hijos de Dios, agradeciendo infinitamente a Cristo, el autor y perfeccionador de nuestra fe. Que el gozo de nuestra salvación nos motive a compartir el evangelio con todo el mundo.

Hermanos, mi oración al Señor, es que nunca olviden lo que Cristo ha hecho por ustedes, que nunca olviden su identidad, que nunca olviden el inmenso amor que Dios tiene por ustedes.

Mediante la fe en Jesucristo, ustedes son hijos de Dios, libres, libres de todos los cargos, comprados para siempre con la sangre de Cristo. Recuerden que: *“ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Amen.*